



CULTURA

El Seminario San Cayetano y la educación

Sr. Obispo Don José González, Rector del seminario, antiguos compañeros y amigos.

Agradezco en primer lugar a Juan Carlos la deferencia que ha tenido conmigo al invitarme a participar en este foro para la celebración de las segundas jornadas previas a la conmemoración del 250 aniversario de la fundación del seminario. Al propio tiempo quiero agradecer también a Javier Alonso el haberme permitido participar en la confección del ingente trabajo que está llevando a cabo.

En mi vida profesional me he dedicado casi por completo a la educación, más teórica que práctica, porque mi labor educativa la he realizado en su mayor parte como director de centros escolares de primaria. Y es por esto que, como me sugirió Juan Carlos, dedicaré mi intervención fundamentalmente a la educación que recibimos en el seminario en la segunda mitad de la década de los años cincuenta y primera mitad de los sesenta. Hago énfasis en estas fechas porque estoy seguro de que nada tienen que ver con los años posteriores y menos aún con los actuales.

Yo nací en un pequeño pueblo fronterizo, Puerto Seguro, que hasta 1916 se había llamado Barba de Puerco. Don Gregorio Galache se metía permanentemente conmigo llamándome “barbapuerco”, que para mí no significaba una humillación sino más bien una broma porque la verdad es que me lo decía siempre con mucho cariño.

Puedo decir que apenas había salido de mi lugar de origen cuando me llevaron a estudiar. Recuerdo perfectamente aquel día en que Don Pepe, el cura, me trajo en la moto mientras mi madre había venido en el coche de línea. La ilusión era enorme. Salir del pueblo para ir a estudiar en aquellos años era un privilegio. Aquel mismo día coincidimos en Ciudad Rodrigo con otra familia de Ahigal, conocidos de mis padres, que habían llegado con su hijo Santiago Estévez, Chago. Ya tenía un amigo. Desde aquel momento nos hicimos inseparables. El tener un amigo era fundamental pues la soledad y el desamparo a que quedábamos expuestos una vez que la familia se había vuelto a casa era grande.

1. ASPECTO DISCIPLINAR

Desde el primer momento teníamos que habérmolas nosotros solos sin ayuda de nadie y por lo mismo teníamos que generar recursos propios para subsistir con nuestras propias fuerzas. No cabe duda que esto que en un principio pudiera parecer cruel nos iba forjando un carácter sólido y robusto para afrontar y resolver cualquier dificultad a lo largo de nuestra vida.

Rápidamente captamos la disciplina estricta y rígida que predominaba en todas las ocupaciones del quehacer diario. Infligir la más mínima norma del reglamento suponía un castigo físico, en muchas ocasiones excesivo.

Es cierto que con los parámetros de hoy no podemos juzgar el proceder de los educadores de entonces, los llamábamos inspectores, pues el castigo físico era admitido por la sociedad como un correctivo eficaz para la modificación de la conducta. Lo que no era en modo alguno justificable eran las “tundas” desproporcionadas fruto en muchos casos más del estado de ánimo y personalidad del educador que de la transcendencia de la falta cometida. Esto resultaba negativo para el individuo pues difícilmente el alumno implicado lo llegaba a superar completamente.

No obstante algunos excesos, quizá demasiado frecuentes, la disciplina tan denostada en la actualidad, tenía un aspecto positivo del que adolece la educación actual. Pues aparte de marcarnos límites, tan necesarios en la infancia y la juventud de hoy, iba conformando nuestra voluntad para aprender a sistematizar, regular y ordenar cualquier tipo de actividad en el futuro.

2. ASPECTO ACADÉMICO

El aspecto académico es sin duda el más encomiable de todo el proceso educativo que recibimos. La formación era eminentemente humanística y aunque quizá pecaba de memorística y apegada al libro de texto, nos proporcionó un bagaje de conocimientos que constituyeron una sólida base para emprender en el futuro nuevos caminos profesionales en todos aquellos que dejamos la carrera sacerdotal. Recuerdo como anécdota, que en los dos años de comunes, en los que teníamos la asignatura de filosofía, yo la supere sin apenas esfuerzo, solamente repasando el libro de Historia de la Filosofía que había estudiado en el seminario.

Pero no sólo portábamos un caudal de conocimientos que nos facilitaba el acceso a otras carreras u oposiciones sino que llevábamos con nosotros un espíritu de trabajo y superación adquiridos, que nos propulsaba a emprender cualquier camino que supusiera una superación personal y profesional.

Esta es una de las claves del porqué han brillado en numerosos ámbitos del saber tantos y tantos ex alumnos del seminario de Ciudad Rodrigo.

3. RELACIONES SOCIALES.

En lo que respecta al apartado de la formación social de la persona, podríamos decir que es el más discutible. Toda la formación educativa estaba encaminada hacia un único fin: la preparación de los seminaristas para que un día llegaran a ser futuros sacerdotes, lo cual es perfectamente entendible y lógico pues qué otro fin podría tener el seminario. Lo cuestionable está en los procedimientos que se seguían para conseguirlo. Era, pues, preciso

eliminar todo aquello sospechoso de interferir en el proceso de formación. No conformes con el aislamiento de la sociedad que llevaba consigo la permanencia en el internado durante la mayor parte del año, se prohibía cualquier contacto con el exterior a través de la prensa, radio o cualquier otro medio. La relación directa con la mujer era algo peligroso que había que evitar por cualquier medio.

Este proceder continuado terminaba conformando una personalidad cada vez más alejada de la realidad exterior que propiciaba un choque brusco a los que un día dejaban el seminario y debían incorporarse a las formas de vida del resto de la sociedad. La adaptación no era fácil y en muchos casos daba lugar a un “rebote” que conducía a muchos ex-seminaristas a adoptar posturas abiertamente contrarias y de rechazo a todo lo relacionado con su formación anterior.

No sólo los que dejamos el seminario sino también muchos sacerdotes al terminar la carrera sufrieron de una u otra manera este difícil proceso de sociabilización y adaptación al siglo.

He tratado con todo lo anterior de dar unas pinceladas sobre los aspectos educativos que me han parecido más relevantes sin pretender ser, ni mucho menos, exhaustivo. Al margen de las deficiencias o aciertos que pudo haber en nuestra formación, lo que importa es el resultado y en lo que a mí respecta, estoy más que satisfecho.

4. DATOS CURRICULARES

Por último, quiero hacer un breve currículum de mi devenir profesional y personal para finalizar mi intervención. Ingresé en el seminario en el año 1956 y permanecí en él hasta 1965. La decisión de cambiar mi camino fue difícil y complicada y aquí debo recordar al Padre Turiel que me prestó una ayuda impagable.

Inmediatamente comencé la carrera de magisterio que termine en dos años y, una vez aprobadas las oposiciones, comencé en Barcelona la Licenciatura en Pedagogía en la especialidad de Organización y Dirección de Centros Escolares.

Es precisamente en esta función donde he desarrollado la mayor parte de mi vida profesional. En los primeros años de la década de los setenta me correspondió poner en marcha la Ley General de Educación por ser el colegio que yo dirigía el centro receptor de la zona.

Esto mismo me ocurrió en la década de los 80 con la puesta en marcha de la LODE y LOGSE, dos leyes educativas complementarias con las que fui muy crítico por considerarlas nefastas para la Educación Pública. Creo que el tiempo me ha dado en parte la razón. Esto me conllevó algún “apercibimiento” administrativo.

Los últimos años de mi profesión, dejada ya la función directiva, estuve impartiendo clases de historia y geografía a los cursos de primero y segundo de la ESO mediante una habilitación que nos dieron a los maestros para dar clase en secundaria.

La historia y la investigación histórica han sido mi hobby y diría que casi mi auténtica vocación. Fruto de ello han sido dos libros escritos sobre este tema editados por la Diputación de Salamanca: “Puerto Seguro y su entorno” y “Puerto Seguro en el siglo XVII. La Guerra de Restauración portuguesa”.

No quiero dejar de mencionar también una revista que editamos en nuestro pueblo y de la que me considero uno de sus promotores, “PEÑA ROTA”, de la que llevamos publicados 200 números con un recorrido de 40 años de existencia.

Quiero terminar diciendo que todo lo que he sido se lo debo a mi formación en el seminario donde están insertos mis cimientos y del que he conservado siempre un agradecido recuerdo.

D. José Ferreira Suárez
Maestro